

Paseando por el Arbat

Goy P/0133

José Agustín Goytisolo

LOS días grises, y hoy es un día gris perla, es bueno recorrer lánguidamente las calles, pasajes y callejas de uno de los barrios más antiguos de Moscú, que conozco bastante bien. El Arbat es, además, el barrio de los bohemios de pacotilla y de las putas de clase media. Las putas baratas están en las estaciones de ferrocarril. Bien.

Encuentro el barrio muy cambiado: está lleno de cooperativas libres, formadas por muchachos jóvenes y no tan jóvenes que se dedican a arreglar muebles, a reparar cuartos de baño o a regentar bares. Estas cooperativas libres tienen, por lo general, entre cuatro y diez socios, y entre ellos no es raro encontrar ingenieros y economistas...

En la casa de unos amigos, en el límite del barrio con el anillo de Moscú, me cuentan historias curiosas, como por ejemplo la de los comandos de compra vietnamitas. Hay muchos vietnamitas trabajando con contratos bi o trianuales en la URSS que gozan del privilegio de enviar a sus familias un contenedor lleno de objetos y alimentos, pues de nada les servirían los rublos a sus familias en Vietnam.

Y para comprar objetos, ropas o alimentos enlatados, que en Moscú no sobran sino todo lo contrario. Se organizan en comandos de compra, acechan la llegada de planchas eléctricas, o de latas de sardinas o de televisores y esperan sin ser vistos. En el momento de abrirse el almacén o la tienda, y a una señal militarizada del jefe del comando en aquel sector, aparecen como surgidos de un campo de arroz o de soja centenares de vietnamitas que ocupan los primeros puestos de la cola, y a comprar, que son dos días.

Me pasan ahora un papel con los nombres de algunos de los invitados a la celebración del centenario del nacimiento de Boris Pasternak: Inge Feltrinelli, Bernardo Bertolucci, Arthur Miller, Alexandr Blokh, Inna Ginzberg...

Ayer empezó todo este lío en el Bolshoi. Aún me quedan días para charlar con la gente a la que quiero y para ir fisgoneando por esta mágica ciudad, para mirar los ojos de alguna de sus muchachas y cosas así.

Por cierto, anoche casi me muero de un susto, pues la muchacha que nos servía la cena era parecidísima a una mujer a la que amo desde hace muchos años. Pero ya de cerca, no. Estoy perdiendo la vista y se me desboca la imaginación. La vida es dura.